

La guerra es la salud del Estado

RANDOLPH BOURNE

Edición, traducción y notas de Salvador Cobo

Prefacio de John Dos Passos

Prólogo de Rafael Poch

Colección Casus Belli, 14

Nota a la edición

SALVADOR COBO

Hoy día se recuerda a Randolph Bourne por una sola cosa: su aforismo *La guerra es la salud del Estado*. Aunque, en realidad, lo que se recuerda es su aforismo, y, de quienes lo conocen, muy pocos podrían nombrar a su autor, y mucho menos ubicar el origen de la frase.

En 1918, durante el último año de la Gran Guerra —que fue también el último de su corta vida—, el escritor estadounidense Randolph Bourne escribió un ensayo donde mostraba cómo la guerra revelaba la verdadera vocación y faz del Estado, no sólo para extender

su influencia y dominio en el extranjero —aun con justificaciones morales—, sino, sobre todo, para aplastar toda disidencia interna y restablecer la disciplina social, recurriendo de ser necesario a leyes de excepción. Bourne remachaba así su antibelicismo, que había defendido a lo largo de varios artículos desde el comienzo de la guerra. Una postura independiente y radical que le acarreó ser marginado y repudiado por sus antiguos compañeros progresistas.

Randolph Bourne (1886-1918) es en muchos sentidos una figura fascinante. Su vida estuvo siempre marcada por su aspecto físico, pues para muchos era un bicho raro: un jorobado de 1,50 m de altura —consecuencia de la tuberculosis vertebral que padeció a los cuatro años de edad— y con el rostro deforme —a raíz de un mal uso de los fórceps en el parto—, y de hecho, fruto de esa condición escribió un ensayo considerado pionero en las reflexiones políticas sobre la discapacidad*.

* «The Handicapped, by one of them», publicado de forma anónima en *The Atlantic Monthly* en 1911. Véase «Randolph Bourne's 1911 essay on disability shocked society. But what's changed since?», *The Guardian*, Christopher Reardon, 9/01/18.

Fue, además, un estudiante brillante, y pese a ser admitido en la Universidad de Princeton en 1903, su precaria economía le impidió matricularse, debiendo trabajar durante seis años en los empleos más dispares antes de poder comenzar realmente sus estudios universitarios en la Universidad de Columbia, Nueva York, en 1909. Allí cayó bajo la influencia de John Dewey, filósofo, pedagogo y una de las mayores figuras del liberalismo de izquierdas norteamericano; bajo su tutela, Bourne comenzó a destacar como ensayista, escribiendo para revistas como *The Atlantic Monthly* o *The New Republic*.

Sin embargo, Bourne no tardó en alejarse del progresismo moderado de su maestro y de los medios donde colaboraba: simpatizaba cada vez más con la causa de los trabajadores, identificándose «con los explotados y oprimidos no por sentimentalismo, sino por experiencia directa derivada de su discapacidad física y su historia laboral. [...] Bourne luchó desde muy joven contra el estigma de los discapacitados, un proceso que más tarde reconoció como el origen de su

“profunda simpatía por todos los individuos que padecen desprecio y desdén en el mundo”^{*}».

Los años 1913 (fecha en que se graduó en Columbia) y 1914 supusieron un parteaguas en su vida. Por un lado, comenzó a asistir a mítines y actos ligados al movimiento obrero, mostrando afinidad con el sindicato revolucionario International Workers of the World, los *Wobblies*. Bourne fue, con todo, un pensador profundamente iconoclasta, poco amigo de la ortodoxia: «el radicalismo intelectual no debe significar repetir los rancios dogmas del marxismo, ni debería significar “el estudio del socialismo”, sino una crítica incansable y controvertida de las ideas contemporáneas^{**}». Una beca le permitió viajar por Europa y conocer de primera mano ejemplos de las luchas del proletariado en países como Inglaterra, Francia o Italia. «Tengo 25 años y me encuentro lleno del radicalismo más salvaje, y miro con consternación a mis amigos de la

^{*} «The Radicalism of Randolph Bourne», Christopher Phelps, *Socialism and Democracy*, 21, 1, marzo de 2007.

^{**} Citado en *ibidem*.

infancia que ya han sentado la cabeza y tienen hijos y responsabilidades^{*}».

Pero mucho más determinante fue el estallido de la guerra en Europa en el verano de 1914, que confrontó a Bourne con el grueso de la izquierda norteamericana: la mayoría de los intelectuales «progresistas», con John Dewey a la cabeza, eran partidarios de la entrada de su país en la guerra, pero no así Bourne. Su inflexible postura antibelicista incomodaba sobremedida a sus colegas, que rompieron definitivamente con él cuando, en abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania y se unió a la Triple Entente.

Ese año *The New Republic* y el resto de medios progresistas dejaron de publicar sus artículos, y fue entonces cuando varios jóvenes radicales, que compartían el antibelicismo de Bourne, fundaron una pequeña revista literaria, *The Seven Arts*, que acogió seis artículos donde Bourne criticaba con arrojo el esfuerzo de guerra norteamericano, así como el entusiasmo belicista de sus viejos amigos progresistas.

^{*} *Ibid.*

Sin embargo, *The Seven Arts* apenas cumplió un año de vida. La mecenas que financiaba la publicación no pudo evitar ceder a la presión de quienes afirmaban que promovía una revista «proalemana», con las posibles consecuencias penales que le podía acarrear en virtud de la escalada represiva de la legislación estadounidense, que pasó a contemplar penas de hasta veinte años de cárcel por criticar al gobierno, al ejército o a las instituciones del país.

Bourne se vio cada vez más aislado y acosado. Otra revista con la que había colaborado, *The Masses*, fue clausurada por el gobierno bajo la acusación de poner trabas al reclutamiento militar forzoso. «Me siento muy apartado del mundo, absolutamente al margen de mi época. Las revistas para las que escribo mueren violentamente, ninguna de mis ideas pueden publicarse, y si escribo sobre asuntos públicos me topo con que mis opiniones son sediciosas*».

El 22 de diciembre de 1918, apenas un mes después del final del conflicto bélico, Randolph Bourne murió

* «Bourne Yet Again: Errors of Genealogy», Christopher Phelps, *New Politics*, 7, 1, verano de 1998.

con 32 años como consecuencia de la epidemia de gripe provocada por la guerra a la que tan implacablemente se había opuesto. En la papelera de su cuarto encontraron el manuscrito de un proyecto de libro con el título «El Estado», que constituía la culminación de sus críticas antibelicistas, donde éstas se unían a un desmenuzado análisis de la institución estatal y su proyecto autoritario para gobernar los cuerpos y las mentes de los ciudadanos.

En 1919, sus antiguos amigos de *The Seven Arts* publicaron una antología* de sus ensayos sobre la guerra, donde se incluía este inédito «El Estado». Desde entonces, la leyenda de Bourne inspiró a varias generaciones de radicales, y sus escritos influyeron a intelectuales como John Dos Passos, Alfred Kazin, Lewis Mumford, Dwight Macdonald o Noam Chomsky. Hasta donde sabemos, esta es la primera vez que se traduce su obra al castellano.

En este libro presentamos dos ensayos de Bourne: «La guerra y los intelectuales», publicado en junio de

* *Untimely Papers*, Nueva York, B. W. Huebsch.

1917, la primera de las seis piezas que escribió para *The Seven Arts*; en segundo lugar, la primera parte del manuscrito inacabado de «El Estado», que data de 1918. Si en el primero de los textos, Bourne despliega un análisis mordaz del proceso en virtud del cual el intelectual progresista americano ha abandonado su pacifismo e internacionalismo en aras de una guerra con el presunto fin de extender la democracia, aliándose con las fuerzas más reaccionarias del país, en el segundo, amén de ahondar en esta cuestión, disecciona inteligentemente el Estado en tanto que maquinaria para borrar toda disidencia e imponer un pensamiento único, con la guerra como principal debelador de su verdadera esencia.

En esta casa editorial consideramos que las ideas desplegadas aquí por Bourne resuenan —poderosa y desgraciadamente— en los tiempos que vivimos. Nos referimos, claro está, al conflicto bélico entre Rusia y Ucrania. Desde el inicio de la invasión rusa, hemos presenciado atónitos cómo, en un abrir y cerrar de ojos, se fabricaba un consenso a todos los niveles —político, mediático, intelectual— que apenas permitía ni

permite fisuras* en su cierre de filas con Ucrania; cómo los intelectuales progresistas que durante décadas han criticado el imperialismo *yankee* en guerras como las de Irak o Afganistán respaldan ahora el envío de armas al gobierno de Kiev. Rafael Poch-de-Feliu, historiador y periodista que fue corresponsal en Moscú durante catorce años y es experto en historia rusa, es una de las pocas excepciones a este coro probélico entre la *intelligentsia* en España, y el prólogo que incluimos en esta edición supone una denuncia afín a la que efectuaría Bourne hace más de cien años.

Sin embargo, este rodillo contra todo disenso en lo que atañe a la guerra en Ucrania resultaría incomprendible sin el triste fenómeno del autoritarismo encarnado por la «ortodoxia covid» que hemos padecido desde marzo de 2020. Fue sobre todo desde ese momento, y hasta hace dos teledíarios, cuando la gestión de la crisis sanitaria del coronavirus desencadenó una feroz persecución contra quienes no comulgaron con

* Promoviendo, incluso, la censura más cruda. Véase el artículo de la poeta Chantal Maillard, rechazado el pasado abril por varios de los periódicos con que suele colaborar: «¿Guerra justa o crimen organizado?», recogido en diversas páginas en internet.

el relato fijado por gobiernos, instituciones sanitarias, medios de comunicación, *fact checkers* y grandes empresas. Toda crítica a las medidas adoptadas para combatir la enfermedad —por delirantes y autoritarias que fueran, y lo fueron no pocas— era silenciada, reprimida o vilipendiada por incurrir en supuestos negacionismos, *ayusismos*, teorías conspirativas, etcétera.

El impulso gregario que, en palabras de Bourne, alienta el Estado con el sostén de los intelectuales para aplacar el menor signo de herejía, encontró en la pandemia su mejor plasmación: esta, y no otra, era la inmunidad de rebaño que perseguían quienes nos gobiernan. Si en 1918 la guerra era *la salud del Estado*, no cabe duda de que la guerra contra el coronavirus trajo consigo una estupenda salud del Estado, que, en el caso de nuestra piel de toro, fue apuntalada por el gobierno-más-progresista-de-la-historia y sus palmeros intelectuales.

Esperamos que los ensayos de Bourne que presentamos en esta edición sirvan de enseñanza y aliento contra esta maquinaria de guerra que, como ha explicado con mucho acierto Giorgio Agamben, pretende instalarnos en un estado de excepción permanente.

Hacia la tercera

RAFAEL POCH-DE-FELIU

La guerra de Ucrania escala hacia la posibilidad de una especie de tercera guerra mundial. Y eso en tiempos de antropoceno, de cambio global inducido por el hombre que precisa para ser revertido de una nueva mentalidad y una intensa integración y cooperación internacional entre grandes potencias. Estamos ante la mayor estupidez de la historia y es un escándalo histórico que en Europa, continente reincidente en esta materia, aún no haya signos de un movimiento popular por la paz.